

ÍNDICE GENERAL

1. Introducción General al Problema del Testimonio	2
1.1. Naturaleza de la pregunta sobre el testimonio	2
1.2. La Categoría del Testimonio en la Sagrada Escritura	13
1.2.1. El testimonio en el misterio y anuncio pascual	18
1.2.2. La acción testimonial de Dios en el Antiguo Testamento	23
1.2.3. La acción testimonial de Dios en el Nuevo Testamento .	28
1.3. Iglesia como signo sacramental el Testimonio en el Magisterio Reciente	34
1.4. La Categoría del Testimonio como problema	46
1.4.1. Cuál es el valor epistemológico del testimonio?	47
1.4.2. Puede haber un hecho histórico que signifique una reali- dad absoluta?	49
1.4.3. Lessing es lo mismo relatos de milagros etc...	49

1 INTRODUCCIÓN GENERAL AL PROBLEMA DEL TESTIMONIO

1.1 Naturaleza de la pregunta sobre el testimonio

Es una experiencia familiar en nuestras comunidades reunirnos en torno a la Sagrada Escritura y compartir la Palabra buscando en ella luz para nuestro presente. Una escena evangélica en torno a la cual muchos se han reunido a escuchar al Señor es la narración de Mateo del comienzo de la misión pública de Jesús y la llamada de los primeros discípulos:

Al enterarse Jesús de que habían arrestado a Juan se retiró a Galilea. Dejando Nazaret se estableció en Cafarnaún, junto al mar, en el territorio de Zabulón y Neftalí, para que se cumpliera lo dicho por medio del profeta Isaías:

«Tierra de Zabulón y tierra de Neftalí, camino del mar, al otro lado del Jordán, Galilea de los gentiles. El pueblo que habitaba en tinieblas vio una luz grande; a los que habitaban en tierra y sombras de muerte, una luz les brilló».

Desde entonces comenzó Jesús a predicar diciendo: «Convertíos, porque está cerca el reino de los cielos».

Paseando junto al mar de Galilea vio a dos hermanos, a Simón, llamado Pedro, y a Andrés, que estaban echando la red en el mar, pues eran pescadores. Les dijo: «Venid en pos de mí y os haré pescadores

de hombres». Inmediatamente dejaron las redes y lo siguieron. Y pasando adelante vio a otros dos hermanos, a Santiago, hijo de Zebedeo, y a Juan, su hermano, que estaban en la barca repasando las redes con Zebedeo, su padre, y los llamó. Inmediatamente dejaron la barca y a su padre y lo siguieron.¹

No sería difícil ahora visualizar una variedad de escenarios en los que este texto pueda ser discutido en nuestro contexto eclesial. Es proclamado, por ejemplo, en el ciclo A el III Domingo del Tiempo Ordinario. Es así que puede escucharse en las reflexiones del Papa Francisco en el Ángelus en la Plaza de San Pedro, donde destaca el hecho de que la misión de Jesús comience en una zona periférica:

Es una tierra de frontera, una zona de tránsito donde se encuentran personas diversas por raza, cultura y religión. La Galilea se convierte así en el lugar simbólico para la apertura del Evangelio a todos los pueblos. Desde este punto de vista, Galilea se asemeja al mundo de hoy: presencia simultánea de diversas culturas, necesidad de confrontación y necesidad de encuentro. También nosotros estamos inmersos cada día en una «Galilea de los gentiles», y en este tipo de contexto podemos asustarnos y ceder a la tentación de construir recintos para estar más seguros, más protegidos. Pero Jesús nos enseña que la Buena Noticia, que Él trae, no está reservada a una parte de la humanidad, sino que se ha de comunicar a todos. Es un feliz anuncio destinado a quienes lo esperan, pero también a quienes tal vez ya no

¹Mt 4,12-22

esperan nada y no tienen ni siquiera la fuerza de buscar y pedir.²

También el Papa Benedicto XVI ofreció su comentario y se fijó en la fuerza de esa noticia que Cristo comenzaba a anunciar:

El término “evangelio”, en tiempos de Jesús, lo usaban los emperadores romanos para sus proclamas. Independientemente de su contenido, se definían “buenas nuevas”, es decir, anuncios de salvación, porque el emperador era considerado el señor del mundo, y sus edictos, buenos presagios. Por eso, aplicar esta palabra a la predicación de Jesús asumió un sentido fuertemente crítico, como para decir: Dios, no el emperador, es el Señor del mundo, y el verdadero Evangelio es el de Jesucristo.

La “buena nueva” que Jesús proclama se resume en estas palabras: “El reino de Dios —o reino de los cielos— está cerca”. ¿Qué significa esta expresión? Ciertamente, no indica un reino terreno, delimitado en el espacio y en el tiempo; anuncia que Dios es quien reina, que Dios es el Señor, y que su señorío está presente, es actual, se está realizando. Por tanto, la novedad del mensaje de Cristo es que en él Dios se ha hecho cercano, que ya reina en medio de nosotros, como lo demuestran los milagros y las curaciones que realiza.³

No sólo en San Pedro, sino que también podría encontrarse este texto en la celebración de la eucaristía dominical resonando en las comunidades y parroquias; en las homilias, oraciones, reflexiones o cánticos, invitando a la

²FRANCISCO, *Angelus*, 26 de ene. de 2014, URL: http://w2.vatican.va/content/francesco/es/angelus/2014/documents/papa-francesco_angelus_20140126.html (visitado 19-03-2019).

³BENEDICTO XVI, *Angelus*, 27 de ene. de 2008, URL: http://w2.vatican.va/content/benedict-xvi/es/angelus/2008/documents/hf_ben-xvi_ang_20080127.html (visitado 19-03-2019).

conversión y haciendo nueva la invitación de Jesús: «Convertíos, porque está cerca el reino de los cielos». Quizás también se le oiga entre algún grupo juvenil donde Simón, Andrés, Santiago y Juan sean tratados como modelos de vocación a la vida consagrada o al apostolado, atendiendo con entusiasmo cómo lo dejaron todo en el momento para seguir a Jesús. Seguramente algún joven reconociendo aquella llamada: «Venid en pos de mí y os haré pescadores de hombres» sonando como voz dentro de sí.

El texto de la Escritura es tratado en estos contextos como testimonio de la vida de Jesucristo y de la vida de aquellos que le llaman maestro y que participan de su misión. No son, sin embargo, tratados como historias del pasado, sino como palabras para el presente. Es hoy que la Buena Noticia no está reservada a una parte de la humanidad, sino que ha de comunicarse a todos como insiste el Papa Francisco. Es hoy que Dios se hace cercano en Cristo para reinar en medio de nosotros como enseñó Benedicto XVI. Es hoy que Jesús nos invita a la conversión y a ir en pos de él.

Es sobre esta costumbre de la Iglesia que ha de formularse ahora una pregunta. Resultará apropiado apelar aquí a otra costumbre de la Iglesia y buscar luz para esto en las Confesiones de San Agustín. Pensando en Dios y pensando en el tiempo, Agustín queda inquieto por una serie de preguntas:

¿Qué es, pues, el tiempo? ¿Quién podrá explicar esto fácil y brevemente? ¿Quién podrá comprenderlo con el pensamiento, para hablar luego de él? Y, sin embargo, ¿qué cosa más familiar y conocida mentamos en nuestras conversaciones que el tiempo? Y cuando hablamos de él, sabemos sin duda qué es, como sabemos o entendemos lo que

es cuando lo oímos pronunciar a otro. ¿Qué es, pues, el tiempo? Si nadie me lo pregunta, lo sé; pero si quiero explicárselo al que me lo pregunta, no lo sé.⁴

Agustín expresa su extrañeza de que un concepto empleado ordinariamente se torne tan desconocido cuando llega la hora de explicarlo. “¿Qué es el tiempo?” o “¿qué es conocer?”, “¿la libertad?” y “¿qué es la fe?” son preguntas de este tipo; distintas, por ejemplo, a “¿cuál es el peso exacto de este objeto?” o “¿quién será la próxima persona en entrar por esa puerta?”.⁵ Preguntar “¿qué es conocer una verdad para la vida por el testimonio de la Escritura?” sería, como la pregunta agustiniana sobre el tiempo, una pregunta sobre la naturaleza o esencia de este fenómeno. Un concepto familiar en la vida de la Iglesia como el testimonio queda enmarcado como problema cuando nos acercamos a él queriendo comprender su esencia.

Para continuar explorando la naturaleza de la pregunta sobre el testimonio resultará útil recurrir aquí al modo en que el psicólogo William James formula algunas preguntas sobre la Escritura al comienzo de sus conferencias sobre la *religion natural*. Apelando a la literatura de lógica de su época a comienzos del siglo XX distingue dos niveles de investigación sobre cualquier tema: aquellas preguntas que se resuelven por medio de proposiciones *existenciales*, como “¿qué constitución, qué origen, qué historia tiene esto?” o “¿cómo se ha realizado esto?”; en segundo lugar las preguntas que se responden con proposiciones de *valor* como “¿cuál es la importancia, sentido o significado actual de esto?”. A este segundo juicio James lo denomina *juicio espiritual*.

⁴De las confesiones xi.14 (n. 17)

⁵cf. Wittgenstein BT. p.304

Aplicando esta distinción a la Biblia se cuestiona:

«¿Bajo qué condiciones biográficas los escritores sagrados aportan sus diferentes contribuciones al volumen sacro?», «¿Cuál era exactamente el contenido intelectual de sus declaraciones en cada caso particular?». Por supuesto, éstas son preguntas sobre hechos históricos y no vemos cómo las respuestas pueden resolver, de súbito, la última pregunta: «¿De qué modo este libro, que nace de la forma descrita, puede ser una guía para nuestra vida y una revelación?». Para contestar habríamos de poseer alguna teoría general que nos mostrara con qué peculiaridades ha de contar una cosa para adquirir valor en lo que concierne a la revelación; y, en ella misma, tal teoría sería lo que antes hemos denominado un juicio espiritual.⁶

Desde esta perspectiva la pregunta sobre cómo el testimonio de la escritura puede ser una guía para nuestra vida es una investigación sobre la importancia, sentido o significado que ésta tiene actualmente. La respuesta emitida en conclusión sería un juicio de valor sobre el fenómeno del testimonio. James propone que sería necesaria una teoría general que explicara qué características ha de tener alguna cosa para que merezca ser valorada como revelación. Así planteado, la pregunta sobre el testimonio sería atendida adecuadamente por medio de una investigación que indagara dentro de este fenómeno para descubrir los elementos que le otorgan el valor adecuado como para ser considerado guía para nuestra vida o una revelación. La explicación de dichos elementos configurarían una teoría que nos permitiría juzgar un tes-

⁶William James Variedades de la Experiencia Religiosa p. 27

timonio concreto como valioso, o no, como guía o revelación para nuestras vidas.

La ruta sugerida por este modo de conducir la investigación, sin embargo, nos dejaría apartados de la manera en que Elizabeth Anscombe se plantea un problema filosófico. En el trasfondo de su metodología filosófica está la propuesta por Ludwig Wittgenstein. Aunque se verá con más detalle qué implica esto, es necesario anticipar ahora algo acerca del modo en que ambos se encaminan a la hora de atender una investigación filosófica.

En *Investigaciones Filosóficas* §89 Wittgenstein hace referencia al texto antes citado de las Confesiones para describir la peculiaridad de las preguntas filosóficas:

Augustine says in *Confessions* XI. 14, “quid est ergo tempus? si nemo ex me quaerat scio; si quaerenti explicare velim nescio”. –This could not be said about a question of natural science (“What is the specific gravity of hydrogen”, for instance). Something that one knows when nobody asks one but no longer knows when one is asked to explain it, is something that has to be *called to mind*. (And it is obviously something which, for some reason, it is difficult to call to mind.)

Para Wittgenstein es de gran importancia atender el paso que damos para resolver la perplejidad causada por el reclamo de explicar un fenómeno. El deseo de aclararlo nos puede impulsar a buscar una explicación dentro del fenómeno mismo, o como él diría: «*We feel as if we had to see right into phenomena*».⁷ Esta predisposición nos puede conducir a ignorar la amplitud del

⁷ §90

modo en que el lenguaje sobre esto es empleado en la actividad humana y a enfocarnos sólo en un elemento particular del lenguaje sobre este fenómeno y tomarlo como un ejemplo paradigmático para construir un modelo abstra-
yendo explicaciones y generalizaciones sobre él. Esta manera de indagar, le parece a Wittgenstein, nos hunde cada vez más profundamente en un estado de frustración y confusión filosófica de modo que llegamos a imaginar que para alcanzar claridad *«we have to describe extreme subtleties, which again we are quite unable to describe with the means at our disposal. We feel as if we had to repair a torn spider's web with our fingers.»*⁸

La alternativa que Wittgenstein propone es una investigación que no esté dirigida hacia dentro del fenómeno, sino *«as one might say, towards the 'possibilities' of phenomena. What that means is that we call to mind the kinds of statement that we make about phenomena»*. A este esfuerzo le denomina “investigación gramática”. La describe de este modo:

Our inquiry is therefore a grammatical one. And this inquiry sheds light on our problem by clearing misunderstandings away. Misunderstandings concerning the use of words, brought about, among other things, by certain analogies between the forms of expression in different regions of our language. – Some of them can be removed by substituting one form of expression for another; this may be called ‘analysing’ our forms of expression, for sometimes this procedure resembles taking things apart.⁹

El modo de salir de nuestra perplejidad, por tanto, consiste en prestar cuida-

⁸§106

⁹§90

dosa atención al uso que hacemos de hecho con las palabras y la aplicación que empleamos de las expresiones. Esto está al descubierto en nuestro uso del lenguaje de modo que la dificultad para *traer a la mente* aquello que aclare un fenómeno no está en descubrir algo oculto en éste, sino en aprender a valorar lo que tenemos ante nuestra vista: «*The aspects of things that are most important for us are hidden because of their simplicity and familiarity. (One is unable to notice something – because it is always before one's eyes.)*»¹⁰ La descripción de los hechos concernientes al uso del lenguaje en nuestra actividad humana ordinaria componen los pasos del tipo de investigación sugerido por Wittgenstein. Hay cierta insatisfacción en este modo de proceder, como él mismo afirma:

Where does this investigation get its importance from, given that it seems only to destroy everything interesting: that is, all that is great and important? (As it were, all the buildings, leaving behind only bits of stone and rubble.) But what we are destroying are only houses of cards, and we are clearing up the ground of language on which they stood.

The results of philosophy are the discovery of some piece of plain nonsense and the bumps that the understanding has got running up against the limit of language. They – these bumps – make us see the value of that discovery.

Anscombe, al igual que Wittgenstein, no se limita a emplear un sólo método para hacer filosofía, como afirma el mismo Wittgenstein: «*There is not a single philosophical method, though there are indeed methods, different*

¹⁰§129

therapies as it were».¹¹ Sin embargo si atendemos a su modo de hacer filosofía podemos encontrarla empleando lenguajes o juegos de lenguaje imaginarios para arrojar luz sobre modos actuales de usar el lenguaje o esquemas conceptuales; del mismo modo su trabajo esta lleno de ejemplos donde la encontramos examinando con detenimiento el uso que de hecho hacemos del lenguaje.¹² Es visible en ella ese «*modo característicamente Wittgensteniano de rebatir la tendencia del filósofo de explicar alguna cuestión filosóficamente enigmática inventando una entidad o evento que la causa, así como los físicos inventan partículas como el gravitón*».¹³

Según el título de este trabajo ha prometido, el análisis sobre el testimonio que será expuesto es el que se encuentra desarrollado en el pensamiento de Elizabeth Anscombe. La pregunta planteada al inicio: ¿qué es conocer una verdad para la vida por el testimonio de la Escritura?, entendida como investigación filosófica, será examinada en las descripciones que Anscombe realiza sobre el modo de usar el lenguaje sobre el creer, la confianza, la verdad, la fe y otros fenómenos relacionados con el conocer por testimonio. Nuestro título advierte además que ésta es una investigación en perspectiva teológica, cabe inmediatamente añadir algo breve al respecto.

¿Qué es teología?, se preguntaba Joseph Ratzinger en su alocución en el 75 aniversario del nacimiento del cardenal Hermann Volk en 1978, e introducía suscitadamente su respuesta a esa pregunta tan grande diciendo:

¹¹§133

¹²cf. teichmann p. 228-229

¹³There is however a somehow chracteristically Wittgenstenian way of countering the philosopher's tendency to explain a philosophically puzzling thing by inventing an entity or event which causes it, as physicists invent particles like the graviton. From plato to witt intro xix

Cuando se intenta decir algo sobre esta materia, precisamente como tributo al cardenal Volk y a su pensamiento, se asocian, poco menos que automáticamente, dos ideas. Me viene a las mientes, por un lado, su divisa (y título de uno de sus libros): *Dios todo en todos*, y el programa espiritual contenido en ella; por otra parte, se aviva el recuerdo de lo que ya antes se ha insinuado: un modo de interrogar total y absolutamente filosófico, que no se detiene en reales o supuestas comprobaciones históricas, en diagnósticos sociológicos o en técnicas pastorales, sino que se lanza implacablemente a la búsqueda de los fundamentos.

Según esto, cabría formular ya dos tesis que pueden servirnos de hilo conductor para nuestro interrogante sobre la esencia de la teología:

1. La teología se refiere a Dios.
2. El pensamiento teológico está vinculado al modo de cuestionar filosófico como a su método fundamental.¹⁴

Esta investigación sobre el testimonio como parte de la vida de la Iglesia será realizada atendiendo al modo de cuestionar filosófico realizado por Elizabeth Anscombe como método, examinando esta experiencia en referencia a Dios, es decir, como vivencia de su ser y de su obrar.

Hasta aquí simplemente se ha descrito un modo de andar a través de la discusión acerca de la categoría del testimonio atendiendo el hecho de que tanto la temática como la figura de Anscombe otorgan a este camino peculiaridades que hay que tener en cuenta. Siendo concientes de estas particulari-

¹⁴teoría de los principios teológicos, p 380

dades podríamos ahora ampliar más el horizonte respecto de dos cuestiones brevemente expuestas anteriormente. En primer lugar es necesario ampliar la descripción hecha hasta aquí del fenómeno del testimonio en la vida de la Iglesia, ya que aunque nos resulte familiar relacionarlo con el testimonio de la Sagrada Escritura, tanto en el Magisterio de la Iglesia como en la propia Escritura se haya presente la categoría del testimonio con una riqueza que merece la pena explorar. En segundo lugar habría que detallar todavía mejor lo problemático del testimonio, sobre todo cuando se considera su importancia en la transmisión de la fe y el anuncio del Evangelio en el mundo.

1.2 La Categoría del Testimonio en la Sagrada Escritura

La Iglesia de hoy, como María, conserva el Evangelio meditándolo en su corazón.¹⁵ Así está presente en el centro de la comunidad creyente el anuncio de Cristo vivo como fundamento de su esperanza en cada etapa de la historia. Este motivo de esperanza conservado es también compartido y expresado, según la enseñanza del apóstol: «*glorificad a Cristo en vuestros corazones, dispuestos siempre a dar explicación a todo el que os pida una razón de vuestra esperanza*».¹⁶ Este Evangelio atesorado como fundamento en el centro de la vida de la comunidad eclesial, así como Buena Nueva proclamada y transmitida en el tiempo y en el mundo puede ser comprendido como tres testimonios que son uno: «palabra vivida en el Espíritu»¹⁷.

¹⁵Lc 2,19

¹⁶1Pe 3, 15

¹⁷cf. Porque es el Espíritu el que impulsa a la Iglesia a perseguir son obras de evangelización; es el Espíritu quien santifica y fecunda el testimonio de su vida; y es el Espíritu el que inspira la fe, la nutre y la profundiza. Es el Espíritu quien alivia entre estos tres testimonios que son uno: el de la palabra vivida en el Espíritu. A través del testimonio, el Espíritu internaliza el testimonio externo de la Buena Nueva de la salvación en Jesucristo y lo lleva al cumplimiento de la fe, que es

La Evangelización puede ser entendida en este sentido como testimonio de la «palabra de vida»¹⁸ que los apóstoles anuncian como testigos de lo que han contemplado y palpado¹⁹. Es también el testimonio de los cristianos que, acogiendo esta palabra, la viven, poniendo por obra lo que ella enseña. Es además testimonio del Espíritu Santo que internaliza el testimonio externo de la Buena Noticia y lo lleva al cumplimiento de la fe en cada persona.²⁰ Es el Espíritu el que santifica y fecunda la acción de los cristianos, es también el que impulsa y sostiene la acción de la Iglesia; es el Espíritu el que inspira la fe, la nutre y la profundiza.²¹

Este dinamismo fundamental que puede encontrarse vivo hoy en la comunidad de la Iglesia ha actuado en ella desde su origen y le ha acompañado en cada época. Según esto es posible valorar lo que se transmite en la tradición eclesial como la perpetuación de la actividad de Cristo y los apóstoles, que es a su vez proyección del testimonio divino.²²

En la actividad de Cristo el testimonio divino queda proyectado como interpelación a la libertad realizada por la identidad propia de Jesús: «*Si conocieras el don de Dios y quién es el que te dice “dame de beber” le pedirías tu, y él te daría agua viva*»²³; «*¿Crees tú en el Hijo del hombre?*»... «*¿Y quién es, Señor, para que crea en él?*»... «*Lo estás viendo: el que te está hablando,*

la respuesta del amor del verdadero amor de la humanidad a través del Padre. Cristo; Latourelle *Evangelisation et temoignage* ninot 582

¹⁸ 1Jn 1,1

¹⁹ 1Jn 1,1

²⁰ cf. latourelle, ninot 582

²¹ latourelle *evangelisation et temoignage*

²² el testimonio divino se proyecta luego en el apostólico y se perpetúa en el testimonio eclesial. Por eso, el testimonio es revelación en la actividad de Cristo y de los apóstoles y es transmisión de la revelación en la tradición eclesial. ninot 573

²³ Jn 4, 10

ese es”».²⁴ En la actividad apostólica, el testimonio divino sigue interpelando la libertad humana como manifestación de Jesús Resucitado. Los apóstoles actúan como testigos de los acontecimientos de la Pascua de Jesús y su valor salvífico²⁵ y este testimonio es descrito como acción del Espíritu que impulsa la tarea apostólica y que da nueva vida a los que acogen el anuncio de la Buena Noticia.

Puede encontrarse un ejemplo de esto en el testimonio de Felipe. El apóstol sale más allá de Jerusalén hacia Samaria, y todavía llega más lejos, al compartir la Buena Noticia de Jesús con un extranjero Etíope:

El Espíritu dijo a Felipe: «Acércate y pégate a la carroza». Felipe se acercó corriendo, le oyó leer el profeta Isaías, y le preguntó: «¿Entiendes lo que estás leyendo?». Contestó: «¿Y cómo voy a entenderlo si nadie me guía?». E invitó a Felipe a subir y a sentarse con él. El pasaje de la Escritura que estaba leyendo era este: *Como cordero fue llevado al matadero, como oveja muda ante el esquilador, así no abre su boca. En su humillación no se le hizo justicia. ¿Quién podrá contar su descendencia? Pues su vida ha sido arrancada de la tierra.* El eunuco preguntó a Felipe: «Por favor, ¿de quién dice esto el profeta?; ¿de él mismo o de otro?». Felipe se puso a hablarle y, tomando pie de este pasaje, le anunció la Buena Nueva de Jesús. Continuando el camino, llegaron a un sitio donde había agua, y dijo el eunuco: «Mira, agua. ¿Qué dificultad hay en que me bautice?». Mandó parar la carroza, ba-

²⁴Jn 9, 35–37

²⁵Cf. S. PIÉ-NINOT, *La Teología Fundamental. Dar Razón de la Esperanza*, (Salamanca 7 2009), 576.

jaron los dos al agua, Felipe y el eunuco, y lo bautizó. Cuando salieron del agua, el Espíritu del Señor arrebató a Felipe. El eunuco no volvió a verlo, y siguió su camino lleno de alegría.²⁶

Además de ser ejemplo de la actividad apostólica, este relato puede servir como síntesis del modo en que la categoría del testimonio está presente en la Escritura.

El testimonio comienza con la iniciativa de Dios mismo que impulsa tanto la palabra profética del Antiguo Testamento como el anuncio apostólico del Nuevo Testamento. Esta iniciativa de Dios tiende hacia el testimonio de la Palabra definitiva del Padre que es Cristo resucitado. En aquellos que creen en el testimonio de Dios se engendra alegría y vida nueva. En palabras de R. Latourelle:

En el trato de las tres personas divinas con los hombres existe un intercambio de testimonios que tiene la finalidad de proponer la revelación y de alimentar la fe. Son tres los que revelan o dan testimonio, y esos tres son más que uno. Cristo da testimonio del Padre, mientras que el Padre y el Espíritu dan testimonio del Hijo. Los apóstoles a su vez dan testimonio de lo que han visto y oído del verbo de la vida. Pero su testimonio no es la comunicación de una ideología, de un descubrimiento científico, de una técnica inédita, sino la proclamación de la salvación prometida y finalmente realizada.²⁷

De este modo el anuncio del apóstol Felipe sirve aquí como un ejemplo espe-

²⁶Hch 8, 29-39

²⁷R. LATOURELLE, "Testimonio", en: R. LATOURELLE – R. FISICHELLA y S. P. I. NINOT (eds.), *Diccionario de Teología Fundamental*, 2, (2000), 1523-1542, 1531.

cífico del testimonio, que ilustra sin embargo, una noción que *«atraviesa toda la Escritura y se corresponde con la estructura misma de la revelación.»*²⁸ El testimonio está presente a lo largo de la Escritura junto a otras categorías como pueden ser la de 'alianza', 'palabra', 'paternidad' o 'filiación', como parte del *«grupo de analogías empleadas por la Escritura para introducir al hombre en las riquezas del misterio divino»*.²⁹

Esta clave servirá para dar enfoque a un examen sobre la categoría del testimonio en la Escritura. ¿Qué nos dice el Antiguo y el Nuevo Testamento de la revelación como acto testimonial de Dios? Esta pregunta supone que la revelación comparte los rasgos de la actividad humana que es el testimonio, sin embargo, como Latourelle advierte: *«globalmente se puede decir que el testimonio bíblico asume pero al mismo tiempo exalta hasta sublimarlos, los rasgos del testimonio humano.»*³⁰

Cabe añadir una última consideración. La revelación de Dios entendida como acto testimonial suyo tiene como expresión definitiva el misterio pascual de Cristo.³¹ Este misterio ocupa el lugar principal en el testimonio bíblico:

la Resurrección como "final" de la unicidad del acontecimiento de Jesucristo, encarnado, muerto y resucitado, subraya específicamente la

²⁸la noción de testimonio atraviesa la Escritura y se corresponde con la estructura misma de la Revelación: «la Escritura describe la revelación como una economía del testimonio». (J. M. PRADES, *Dar Testimonio. La Presencia de los Cristianos en la Sociedad Plural*, [Madrid 2015], 109)

²⁹latourelle p. 1523

³⁰cf. latourelle 1526 Globalmente se puede decir que el testimonio bíblico asume pero al mismo tiempo exalta hasta sublimarlos, los rasgos del testimonio humano. latourelle 1526

³¹cf. el misterio pascual al cual tiende toda la existencia terrena de Cristo, constituye el acto testimonial por excelencia de Dios prades 128

definitividad de la existencia humana salvada por Dios en la carne de Jesús de Nazaret, ya que la autocomunicación de Dios ha alcanzado su palabra última en la Resurrección de Jesucristo, y por eso es prenda de la resurrección de todos los hombres.³²

Como tal, parece justo tratar el testimonio que es el misterio pascual en su propio apartado. Y será éste precisamente el punto de partida para esta descripción de la categoría del testimonio en la Escritura.

1.2.1 El testimonio en el misterio y anuncio pascual

«Cristo ha resucitado»³³ es la confesión que está en el núcleo del más primitivo anuncio del evangelio.³⁴ Creer en esta noticia conlleva acoger la manifestación más plena de la Revelación y la motivación más definitiva para creer. En este sentido:

La Resurrección de Jesús mirada desde la perspectiva de la teología fundamental presupone un estatuto epistemológico peculiar, puesto que es el punto culminante y objeto de la Revelación y, a su vez, es su acreditación suprema y máximo motivo de credibilidad, tal como recuerda el texto citado de Pablo “si Cristo no ha resucitado, nuestra predicación es vana y vana es nuestra fe” (1 Cor 15,14).³⁵

Este misterio pascual no aparece como hecho desconectado del conjunto de la vida y misión de Jesús, sino que hacia él tienden sus obras y pa-

³²ninot 404

³³Cf. 1Tes 4,15; 1Cor 15,12–20; Rom 6,4

³⁴Cf. PIÉ-NINOT, *La Teología Fundamental*, 403.

³⁵Ibíd., 405.

labras desde el comienzo. Cristo pasó por el mundo haciendo el bien, como testimonio de la bondad de Dios, y esta acción va orientada a ese punto culminante que es su pasión, muerte y resurrección; *«el testimonio que Jesús va ofreciendo durante su vida pública le va a reclamar una entrega definitiva a favor de los que lo han acogido y frente a la resistencia que ha generado en quienes le rechazan.»*³⁶

A lo largo de este camino Jesús manifiesta su confianza en el Padre: *«Padre, te doy gracias porque me has escuchado; yo sé que tu me escuchas siempre»*³⁷; esta relación queda afirmada plenamente ante la pasión como confianza puesta en su voluntad: *«Padre...que no se haga mi voluntad, sino la tuya»*³⁸. De este modo en el misterio pascual queda atestiguada la plena unidad de Cristo con el Padre, en la mayor confianza imaginable.³⁹

A lo largo de su misión, Cristo dió testimonio del amor del Padre *«habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo...»*⁴⁰. En el misterio pascual, donde *«los amó hasta el extremo»*⁴¹, queda confirmado definitivamente como testigo del Padre. Con su entrega ofrece el testimonio pleno del amor salvador del Padre: *«Porque tanto amó Dios al mundo, que entregó a su Unigénito, para que todo el que cree en él no perezca, sino que tenga vida eterna.»*⁴²

A lo largo de su vida, Cristo también es testigo de la necesidad del camino salvífico que es libre e irrevocable decisión trinitaria de redimir a los

³⁶ PRADES, *Dar Testimonio*, 127.

³⁷ Jn 11, 41b-42a

³⁸ Lc 22,42

³⁹ prades 127

⁴⁰ Jn 13,1

⁴¹ Jn 13, 1

⁴² Jn 3,16

hombres⁴³: «*¿No sabíais que yo debía estar en las cosas de mi Padre?*»⁴⁴; «*El hijo del hombre tiene que padecer mucho, ser reprobado por los ancianos, sumos sacerdotes y escribas, ser ejecutado y resucitar a los tres días.*»⁴⁵ Este testimonio de la voluntad divina es comprendido por los discípulos por la luz del Resucitado; «*les abrió el entendimiento para comprender las Escrituras... “así está escrito: el Mesías padecerá, resucitará entre los muertos al tercer día y en su nombre se proclamará la conversión”*».⁴⁶

La intencionalidad de este testimonio que Jesús ofrece a lo largo de su vida hasta llegar al acto testimonial definitivo de Dios al mundo que es el misterio pascual aparece con claridad en la respuesta de Cristo a Pilato antes de la Pasión: «*Yo para esto he nacido y para esto he venido al mundo: para dar testimonio de la verdad. Todo el que es de la verdad escucha mi voz.*»⁴⁷ En su vida pública y en su misión Cristo ha actuado como profeta que anuncia la verdad; da a conocer al Padre, a quien nadie ha visto nunca, pero que el Hijo sí conoce.⁴⁸ En el misterio pascual Jesús se manifiesta como verdadero profeta, acreditado por el hecho mismo de la Resurrección donde se ha realizado en él mismo lo que ha revelado y prometido.⁴⁹

La resurrección de Cristo no sólo acredita su propio testimonio, sino que sostiene el testimonio apostólico. Si Cristo no ha resucitado sería vana cualquier argumentación, sin embargo, Jesús es «el Viviente», estuvo muerto,

⁴³prades 128

⁴⁴Lc 2, 49

⁴⁵Mc 8, 31

⁴⁶Lc 24, 45-47a

⁴⁷Jn 18,37

⁴⁸cf. Jn 1,18 vease también Jesús de Nazaret 24

⁴⁹prades 128

pero vive por los siglos de los siglos.⁵⁰

Los apóstoles son testigos de la vida de Cristo, de sus palabras y acciones, muerte y resurrección. De tal modo, son testigos en continuidad con el testimonio de Cristo. El testimonio apostólico es un anuncio de estos hechos que ellos conocen y cuyo valor han reconocido por la fe. Así Pedro proclama estas cosas el día de Pentecostés: «*A este Jesús lo resucitó Dios, de lo cual todos nosotros somos testigos*». ⁵¹ El apóstol es testigo en la fe sobre un acontecimiento enraizado en la historia. ⁵²

Así mismo es presentado el testimonio de Pedro en casa de Cornelio donde el centurión y todos lo que lo acompañaban esperaban reunidos para escuchar lo que el Señor quisiera comunicarles por medio del apóstol. Pedro, comprendiendo que la verdad de Dios no hace acepción de personas, narra los hechos que él bien conoce:

«Vosotros conocéis lo que sucedió en toda Judea, comenzando por Galilea, después del bautismo que predicó Juan. Me refiero a Jesús de Nazaret, ungido por Dios con la fuerza del Espíritu Santo, que pasó haciendo el bien y curando a todos los oprimidos por el diablo, porque Dios estaba con él. Nosotros somos testigos de todo lo que hizo en la tierra de los judíos y en Jerusalén. A este lo mataron, colgándolo de un madero. Pero Dios lo resucitó al tercer día y le concedió la gracia de manifestarse, no a todo el pueblo, sino a los testigos designados por Dios: a nosotros, que hemos comido y bebido con él después de

⁵⁰ Ap 1, 17–18

⁵¹ Hch 2, 32

⁵² inot 402 y 406 enraizado

su resurrección de entre los muertos.»⁵³

Este testimonio de los hechos queda enlazado con un testimonio de fe sobre el sentido profundo de lo que Pedro conoce, Jesús, a quien los apóstoles y el pueblo vieron y escucharon, es ahora juez de vivos y muertos:

«Nos encargó predicar al pueblo, dando solemne testimonio de que Dios lo ha constituido juez de vivos y muertos. De él dan testimonio todos los profetas: que todos los que creen en él reciben, por su nombre, el perdón de los pecados.»⁵⁴

El apóstol entiende estos hechos y su alcance religioso y salvífico interpretándolos en continuidad con la voluntad de Dios manifestada en su acción en favor del pueblo judío a quién habló por medio de los profetas; voluntad hecha manifiesta en definitiva en *«Jesús el Nazareno, varón acreditado por Dios ante vosotros con los milagros, prodigios y signos que Dios realizó por medio de él, como vosotros mismos sabéis»*.⁵⁵

Este anuncio es experiencia del Resucitado que comió y bebió con ellos; él mismo se apareció a los que él quiso dando testimonio de su resurrección. *«Cristo glorificado manifiesta su verdad a los que él quiere y esta manifestación es simultaneamente testimonio de su identidad y testimonio de que él es la Vida (1Jn 5,11)»*.⁵⁶

El misterio divino que se manifiesta en la Pascua de Jesús no deja de expresarse en el anuncio pascual realizado por los apóstoles. Ellos son

⁵³Hch 10,37–41

⁵⁴Hch 10,42–43

⁵⁵Hch 2,22

⁵⁶PRADES, *Dar Testimonio*, 129.

testigos de un hecho enraizado en la historia, que tiene un alcance religioso y salvífico y que es interpretado desde la voluntad de Dios manifestada en los hechos y palabras de Cristo. Sin las obras que Jesús realizó, el testimonio apostólico se derrumba, no existe.⁵⁷ Sin la vida y obra, muerte y resurrección de Jesús *«resultamos unos falsos testigos de Dios, porque hemos dado testimonio contra él, diciendo que ha resucitado a Cristo, a quien no ha resucitado»*.⁵⁸

En Cristo, testigo acreditado por su Resurrección, encuentra su cumplimiento la promesa hecha al pueblo de Israel: *«El Señor, tu Dios, te suscitará de entre los tuyos, de entre tus hermanos, un profeta como yo. A él lo escucharéis»*.⁵⁹ Así como el misterio pascual y su anuncio no están desconectados de la vida de Cristo, tampoco lo están de la acción salvadora de Dios en el AT. Como veremos, el misterio divino se manifiesta a un pueblo que también está llamado a dar testimonio, reconociendo desde la confianza en Dios el valor salvífico de los sucesos de su historia.

1.2.2 La acción testimonial de Dios en el Antiguo Testamento

En el AT encontramos ese «intercambio de testimonios» que existe en el trato de las tres personas divinas con los hombres.⁶⁰ También aquí la acción testimonial divina se despliega de diversos modos. En la vida del pueblo de la alianza YHWH da testimonio de sí a través de la creación, la ley y, de modo

⁵⁷Cf. LATOURELLE, "Testimonio", 1529.

⁵⁸1 Cor 15,15

⁵⁹Dt 18, 15 véase intro Jesús de Nazaret

⁶⁰Cf. LATOURELLE, "Testimonio", 1531.

eminente, en personas elegidas y enviadas por él.⁶¹ Esta manifestación divina implica como testigo al mismo pueblo, hacia quien ha sido dirigida la voz del Señor.

La literatura sapiencial recoge la profundización en la experiencia de Dios que ha tenido el pueblo de Israel. En ella se describe el acceso posible al conocimiento de Dios a partir de los bienes visibles o de sus obras:

Son necios por naturaleza todos los hombres que han ignorado a Dios y no han sido capaces de conocer al que es a partir de los bienes visibles, ni de reconocer al artífice fijándose en sus obras, sino que tuvieron por dioses al fuego, al viento, al aire ligero, a la bóveda estrellada, al agua impetuosa y a los luceros del cielo, regidores del mundo. Si, cautivados por su hermosura, los creyeron dioses, sepan cuánto los aventaja su Señor, pues los creó el mismo autor de la belleza. Y si los asombró su poder y energía, calculen cuánto más poderoso es quien los hizo, pues por la grandeza y hermosura de las criaturas se descubre por analogía a su creador.⁶²

El Dios que puede ser reconocido por analogía en el asombro y belleza de las criaturas es un Dios personal que concede sabiduría al piadoso: *«Aún quedan misterios mucho más grandes: tan solo hemos visto algo de sus obras. Porque el Señor lo ha hecho todo y a los piadosos les ha dado la sabiduría.»*⁶³ Esta sabiduría es justicia y raíz de inmortalidad:

Pero tú, Dios nuestro, eres bueno y fiel, eres paciente y todo lo go-

⁶¹ Cf. PRADES, *Dar Testimonio*, 114s.

⁶² Sab 13,1–5

⁶³ Eclo 43,32–33

biernas con misericordia. Aunque pequemos, somos tuyos y reconocemos tu poder, pero no pecaremos, sabiendo que te pertenecemos. Conocer a ti es justicia perfecta y reconocer tu poder es la raíz de la inmortalidad.⁶⁴

En este sentido la misma creación es acto testimonial de Dios donde se comunica su misterio y la vida que Él ofrece.

YHWH también aparece en el AT como testigo de los mandamientos contenidos en la Ley.⁶⁵ Ésta queda grabada en las “tablas del testimonio” y confiadas a Moisés: «*Cuando acabó de hablar con Moisés en la montaña del Sinaí, le dio las dos tablas del Testimonio, tablas de piedra escritas por el dedo de Dios.*»⁶⁶ Este testimonio se enfrenta a un pueblo con el corazón extraviado: «*Al acercarse al campamento y ver el becerro y las danzas, Moisés, encendido en ira, tiró las tablas y las rompió al pie de la montaña.*»⁶⁷ Sin embargo Dios no se detiene ante la dureza del pueblo. Las tablas del testimonio son reconstruidas:

El Señor dijo a Moisés: «Labra dos tablas de piedra como las primeras y yo escribiré en ellas las palabras que había en las primeras tablas que tú rompiste.»... «Escribe estas palabras: de acuerdo con estas palabras concierto alianza contigo y con Israel».⁶⁸

Moisés, que conoció el nombre del Señor (Ex 3,13s), y habló con Él como un amigo (Ex 33,11), aparece ante el pueblo como testigo del único Dios, y de su

⁶⁴Sab 15,1–3

⁶⁵Cf. PRADES, *Dar Testimonio*, 115.

⁶⁶Ex 31,18

⁶⁷Ex 32,19

⁶⁸Ex 34,1.27

lealtad con el pueblo. Pertenece a aquellos que el Señor elige como testigos suyos en cada etapa de la historia del pueblo de Israel como testimonio suyo y de su fidelidad.

Este es el modo eminente en que el AT describe el testimonio que Dios dirige al pueblo. Los profetas y ungidos por YHWH son testigos del Señor y de su compromiso con el pueblo. La vida totalmente comprometida del profeta expresa tanto a Dios, absoluto que comunica, como su lealtad:

es Dios quien da testimonio de sí mismo y de sus obras y designios a través de las personas elegidas, que se comprometen en su integridad como testigos de YHWH incluso hasta la muerte si el testimonio les lleva a ello. Por eso, la autoridad del testimonio no descansa en los testigos, sino en el mismo YHWH, que es quien los escoge y envía.⁶⁹

En tanto que testigos, la acción de estos escogidos puede ser descrita según los rasgos que tiene la actividad humana de dar testimonio, sin embargo la noción de testigo que aplica a estos elegidos de Dios va más allá de la que encontraríamos en el lenguaje ordinario. La vida del profeta queda comprometida con un testimonio que no le pertenece, sino que *«procede de una iniciativa absoluta, en cuanto a su origen y en cuanto a su contenido»*⁷⁰ puesto que viene de Dios y es testimonio de sí. Aquí la categoría de testimonio significa mas allá de su uso ordinario en la actividad humana y adquiere un sentido religioso como dimensión totalmente nueva⁷¹.

El testimonio de YHWH que el profeta proclama con su actividad y el

⁶⁹ PRADES, *Dar Testimonio*, 116s.

⁷⁰ *Ibíd.*, 118.

⁷¹ Cf. *ibíd.*

compromiso de su vida implica al pueblo y le hace testigo:

Saca afuera a un pueblo que tiene ojos, pero está ciego, que tiene oídos, pero está sordo. Que todas las naciones se congreguen y todos los pueblos se reúnan. ¿Quién de entre ellos podría anunciar esto, o proclamar los hechos antiguos? Que presenten sus testigos para justificarse, que los oigan y digan: es verdad. Vosotros sois mis testigos —oráculo del Señor—, y también mi siervo, al que yo escogí, para que sepáis y creáis y comprendáis que yo soy Dios. Antes de mí no había sido formado ningún dios, ni lo habrá después. Yo, yo soy el Señor, fuera de mí no hay salvador. Yo lo anuncié y os salvé; lo anuncié y no hubo entre vosotros dios extranjero. Vosotros sois mis testigos —oráculo del Señor—: yo soy Dios.⁷²

El siervo es testigo que el Señor ha escogido para que el pueblo sepa, crea y comprenda que YHWH es el único Dios verdadero. Al compartir este saber de Dios con el pueblo, éstos también están llamados a ser testigos. Ninguna otra nación podría anunciar como ellos lo que YHWH ha hecho para proveer, liberar, salvar.

Así como el profeta, el pueblo es escogido y enviado por YHWH y por medio de él el Señor da testimonio de sí mismo y se propone como quien da sentido y consistencia a toda la realidad humana. Este testimonio tiene importancia social puesto que está llamado a ser proclamado, y esta proclamación implica el compromiso de los actos y la vida del testigo, es decir, del profeta y todo el pueblo.⁷³

⁷²Is 43,8–12

⁷³Cf. LATOURELLE, "Testimonio", 1526s.

El testimonio de Dios a través de personas escogidas por Él en el AT queda constituido por la narración de hechos que acontecen en la historia, estos hechos son interpretados en su valor absoluto y carácter redentor, y son confesados como actuación de Dios en la vida humana.⁷⁴ Esto vuelve a ponernos en conexión con la figura de Cristo como profeta acreditado por su Resurrección y los apóstoles como verdaderos testigos de un hecho enraizado en la historia, confesado desde la fe e interpretado desde la acción de Dios en Jesús. Esta sintonía anticipa lo que se verá a continuación sobre el testimonio en el Nuevo Testamento. En él la acción testimonial de Dios se describe en continuidad con la tradición veterotestamentaria y llegará a su manifestación plena en el misterio pascual.

1.2.3 La acción testimonial de Dios en el Nuevo Testamento

El Evangelio de Mateo enseña que el día que Jesús llegó a Cafarnaún a comenzar su predicación se cumplieron las promesas que Dios había hecho por medio de los profetas. Ese día el Reino de los cielos quedó desvelado en su cercanía. Allí la vida de los primeros discípulos cambió al punto y definitivamente. El testimonio de Cristo no es cualquier anuncio o cualquier hecho, sino que tiene un valor absoluto. Jesús de Nazaret *«no se limita a proponer una cierta inspiración espiritual o un cierto sentido ético para el obrar de la persona o del pueblo, sino que pretende ser radicalmente “testimonio de la verdad” (Jn 18,37) de alcance universal.»*⁷⁵ Jesús es testimonio de carácter

⁷⁴Cf. PRADES, *Dar Testimonio*, 119.

⁷⁵Ibíd., 126.

singular,⁷⁶ en quien se da a conocer el momento de la plenitud de la salvación,⁷⁷ presencia del hombre nuevo y “paradigma universal de humanidad”⁷⁸. Este valor universal de la verdad que se comunica en Jesús se desarrolla y se manifiesta en sus acciones concretas: comiendo con los pecadores o sanando a los enfermos es donde se muestra «*el camino, la verdad y la vida*»⁷⁹ para todos.

Este testimonio de Cristo, su vida, actos y palabras, fue sometido al juicio de sus contemporáneos. Asombrados porque no enseña como los demás y por las signos que realiza, se cuestionan sobre su autoridad y poder. Entonces Jesús también tiene que ofrecer testimonio de su credibilidad. La respuesta a este juicio del pueblo se halla en su ministerio en sintonía con las Escrituras: «*Hoy se ha cumplido esta Escritura que acabáis de oír*»⁸⁰; donde el pueblo puede encontrar la vida y el sentido que buscan: «*estudiáis las Escrituras pensando encontrar en ellas vida eterna; pues ellas están dando testimonio de mí, ¡y no queréis venir a mí para tener vida!*»⁸¹. El testimonio de credibilidad de Jesús ante el pueblo se encuentra también en sus obras, que son las obras del Padre y son confirmación y realización de sus enseñanzas: «*Si no hago las obras de mi Padre, no me creáis, pero si las hago, aunque no me creáis a mí, creed a las obras, para que comprendáis y sepáis que el Padre está en mí y yo en el Padre*»⁸².

⁷⁶Cf. PIÉ-NINOT, *La Teología Fundamental*, 279.

⁷⁷Cf. *ibíd.*, 290.

⁷⁸Cf. *ibíd.*, 291.

⁷⁹Cf. Jn 14,6

⁸⁰Lc 4,21

⁸¹Jn 5, 39–40

⁸²Jn 10,38

El singular testimonio de Cristo es comunicación de la verdad con valor universal. El testimonio de Cristo es también su actividad e identidad que hacen creíble lo que comunica. De este modo entre lo que Jesús testimonia y la credibilidad que suscita su testimonio hay una circularidad constante:

La pretensión única que encerraba su testimonio resultaba tan exorbitante que hubiera sido inaceptable para los hombres si no fuera porque sus obras, sus palabras y, en rigor, su presencia misma, lo hacían profundamente razonable en su singularidad.⁸³

Acoger el testimonio de Jesús es escuchar la Escritura y creer en las obras del Padre. Sin embargo la palabra de Cristo choca con el odio de aquellos que son hostiles a la verdad y que, rechazando su testimonio, se juzgan a sí mismos.⁸⁴

Si yo no hubiera venido y no les hubiera hablado, no tendrían pecado, pero ahora no tienen excusas de su pecado. El que me odia a mí, odia también a mi Padre. Si yo no hubiera hecho en medio de ellos obras que ningún otro ha hecho, no tendrían pecado, pero ahora las han visto y me han odiado a mí y a mi Padre⁸⁵

Jesús es *«la luz que brilla en la tiniebla y la tiniebla no la recibió»*⁸⁶. Jesús es el *«unigénito, que está en el seno del Padre, es quien lo ha dado a conocer»*⁸⁷. Este testimonio es manifestación de la comunión trinitaria. Cristo

⁸³ PRADES, *Dar Testimonio*, 124.

⁸⁴ Pero la palabra de Cristo choca con la contestación y el odio. Enfrentados con Cristo, los judíos, que representan al conjunto del mundo hostil a la verdad, rechazan su testimonio y se juzgan a sí mismos. (LATOURELLE, "Testimonio", 1530)

⁸⁵ Jn 15,22-24

⁸⁶ Jn 1,5

⁸⁷ Jn 1,18

revela al Padre y comunica al Espíritu, y su identidad de Hijo es manifestada como acción del Padre y del Espíritu: *«Apenas se bautizó Jesús, salió del agua; se abrieron los cielos y vio que el Espíritu de Dios bajaba como una paloma y se posaba sobre él. Y vino una voz de los cielos que decía: «Este es mi Hijo amado, en quien me complazco».*»⁸⁸

La acción testimonial de Dios que se describe en el Nuevo Testamento está concentrada en la persona de Cristo y en su relación manifiesta con el Padre y el Espíritu se expresa el testimonio de la Trinidad misma:

la Escritura describe la actividad reveladora de la trinidad en forma de testimonios mutuos. El Hijo es el testigo del padre, y como tal se da a conocer a los apóstoles. A su vez, el Padre da también testimonio de que Cristo es el Hijo, por la atracción que produce en las almas, por las obras que da al Hijo para que las realice y sobre todo por la resurrección, testimonio decisivo del Padre en favor del Hijo. El Hijo da testimonio del Espíritu porque promete enviarlo como educador, consolador, santificador. Y el Espíritu viene y da testimonio del hijo porque le recuerda, le da a conocer, descubre la plenitud de sentido de sus palabras, lo insinúa en las almas.⁸⁹

Esta actividad reveladora de la trinidad introduce al ser humano en la comunión trinitaria. Dios trino se comunica al ser humano actuando en su interior, atrayendo, inspirando; también se comunica externamente por las obras que realiza. Esta participación en la comunión divina viene bien expresada en la finalidad del testimonio apostólico: *«Eso que hemos visto y oído os lo anun-*

⁸⁸Mt 4,16–17

⁸⁹de Latourelle, Teología de la Revelación 410 en(PRADES, *Dar Testimonio*, 131)

*ciamos, para que estéis en comunión con nosotros y nuestra comunión es con el Padre y con su Hijo Jesucristo.»*⁹⁰

Jesús es el fundamento, testigo fiel y veraz para todo tiempo y lugar.⁹¹ Creer su testimonio es acoger al absoluto en la historia, esta confianza la hace posible el Espíritu:

Cristo es, por tanto, el testigo absoluto, el que lleva en sí mismo la garantía de su testimonio. El hombre, sin embargo, no sería capaz de acoger por la fe este testimonio del absoluto, manifestado en la carne y el lenguaje de Jesús, sin una atracción interior (Jn 6,44), que es un don del Padre y un testimonio del Espíritu (1Jn 5,9–10).⁹²

Aquellos que creen en Cristo no sólo encuentran una respuesta a su búsqueda de vida y sentido, sino que *«de sus entrañas manarán ríos de agua viva»*.⁹³ Y esto Jesús lo dice *«refiriéndose al Espíritu que habían de recibir los que creyeran en él»*.⁹⁴ Esta promesa del Espíritu acontece en Pentecostés y sin ese testimonio postpascual del Espíritu quedaría incompleta la comunicación de Dios en el misterio Pascual.⁹⁵ El envío y la acción del Espíritu prometido completa la acción testimonial de Dios:

Al haber “acompañado” al Hijo en la tierra de una manera singular desde el momento de su unción en el Jordán, que dispone al Hijo — concebido por obra del Espíritu Santo— para la misión en la carne, el

⁹⁰ 1Jn 1,3

⁹¹ Cf. PRADES, *Dar Testimonio*, 132.

⁹² LATOURELLE, “Testimonio”.

⁹³ Jn 7,38

⁹⁴ Jn 7,39

⁹⁵ Cf. PRADES, *Dar Testimonio*, 135.

Espíritu Santo vuelve al Padre portando en sí todo el misterio redentor del Hijo. De este modo, cuando el Resucitado lo envía a la Iglesia, el Espíritu vuelve como Testigo de la verdad completa, que incluye la perfecta glorificación de la carne del Hijo como plenitud de lo humano.⁹⁶

El Espíritu enviado por Cristo lleva a la verdad plena a los apóstoles: *«cuando venga él, el Espíritu de la verdad, os guiará hasta la verdad plena. Pues no hablará por cuenta propia, sino que hablará de lo que oye y os comunicará lo que está por venir»*.⁹⁷ Este testimonio del Espíritu completa también el testimonio de los apóstoles: *«Cuando venga el Paráclito, que os enviaré desde el Padre, el Espíritu de la verdad, que procede del Padre, él dará testimonio de mí; y también vosotros daréis testimonio, porque desde el principio estáis conmigo»*.⁹⁸ Ellos han estado desde el principio con Cristo, así son testigos que pueden narrar lo que han visto y oído; su testimonio queda perfeccionado por el Espíritu que les introduce en el misterio del Hijo encarnado y les permite interpretar y comprender la verdad del Hijo, y por éste, la del Padre.⁹⁹

Los que han compartido con Jesús desde el principio son testigos del Evangelio, pero el Resucitado sigue eligiendo apóstoles y en virtud de la acción del Espíritu éstos son testigos del mismo misterio.¹⁰⁰ Así Matías no sólo es *«uno de los que nos acompañaron todo el tiempo que convivió con nosotros el Señor Jesús»*¹⁰¹, sino que es elegido por el Resucitado.¹⁰² Igual-

⁹⁶Ibid., 134s.

⁹⁷Jn 16,13

⁹⁸Jn 15,26–27

⁹⁹Cf. PRADES, *Dar Testimonio*, 139.

¹⁰⁰Cf. PIÉ-NINOT, *La Teología Fundamental*, 576.

¹⁰¹Hch 1,21

¹⁰²Cf. Hch 1,24–26

mente Pablo es constituido testigo por la llamada del Resucitado, así puede decir «*Yo mismo hermanos cuando vine a vosotros anunciaros el testimonio de Dios...*»¹⁰³. De este modo la transmisión viva del testimonio cristiano está constituida por un momento fundacional en la convivencia con Jesús y un momento continuante como dos aspectos históricos inseparables.¹⁰⁴ Este momento continuante está compuesto por los que han sido testigos oculares, como por los que no: «*unos y otros son elegidos, llamados y enviados por Cristo, el Cristo histórico los primeros y el Cristo glorioso los segundos*».¹⁰⁵

Aquel que recibe este testimonio y cree en él encuentra la vida nueva. «¿Qué dificultad hay en que me bautice?», decide aquel hombre que recibió el testimonio de Felipe y «siguió su camino lleno de alegría» después de haber encontrado a Dios. Considerar la revelación divina como acción testimonial de Dios conduce en definitiva a estimar la revelación misma como forma de amor y libertad de Dios que interpela el amor y libertad humano. En tanto que comunicación libre y amorosa, el testimonio de Dios atiende la naturaleza humana de su beneficiario; en tanto que don divino queda desvelado su origen y meta más allá de lo humano.¹⁰⁶

1.3 Iglesia como signo sacramental el Testimonio en el Magisterio Reciente

Nuestro recorrido comenzó al inicio de este capítulo tomando como punto de partida a la Iglesia como signo visible. La vida de la comunidad ecles-

¹⁰³ 1 Cor 2,1

¹⁰⁴ Cf. PRADES, *Dar Testimonio*, 148.

¹⁰⁵ *Ibíd.*

¹⁰⁶ Cf. *ibíd.*, 152.

sial, sus costumbres y actitudes, son presencia histórica y realidad perceptible. La Iglesia puede ser reconocida hoy actuando según su costumbre de reunirse en torno a la Palabra de Dios para celebrarla y conocer la verdad para su vida. Lo que se vive hoy y se ha transmitido en la tradición eclesial lo hemos valorado como perpetuación de la actividad de Cristo y de los apóstoles y, por tanto, como proyección del testimonio divino. En este sentido hemos considerado la presencia de la Revelación divina en el corazón y anuncio de la Iglesia como triple testimonio usando la expresión de Latourelle: «palabra vivida en el Espíritu». Esta reflexión ha querido servir para describir la naturaleza de la Revelación como experiencia familiar en la vida de la Iglesia. La noción de la categoría del testimonio que atraviesa la escritura ha servido para valorar la naturaleza de la Revelación según su estructura testimonial.

Así como la categoría del testimonio ha servido para decir algo sobre la Revelación en la Escritura, ahora se pretende decir algo sobre lo que la categoría del testimonio puede aportar para comprender la identidad de la Iglesia y su misión en el mundo y cómo ésta forma parte del dinamismo de la Revelación divina.

Con Latourelle se ha dicho que el testimonio es una de esas categorías que la escritura emplea como analogía para introducirnos al misterio divino. El Concilio nos regala otra analogía que va de la mano con la categoría del testimonio en la comprensión de la Iglesia y su misión:

la sociedad provista de sus órganos jerárquicos y el Cuerpo místico de Cristo, la asamblea visible y la comunidad espiritual, la Iglesia terrenal y la Iglesia enriquecida con los bienes celestiales, no deben ser

consideradas como dos cosas distintas, sino que más bien forman una realidad compleja que está integrada de un elemento humano y otro divino. Por eso se la compara, por una notable analogía, al misterio del Verbo encarnado, pues así como la naturaleza asumida sirve al Verbo divino como de instrumento vivo de salvación unido indisolublemente a Él, de modo semejante la articulación social de la Iglesia sirve al Espíritu Santo¹⁰⁷

La visibilidad de la Iglesia está al servicio del Espíritu Santo de modo que su naturaleza humana sirve a la presencia divina como instrumento vivo de salvación. La presencia de la articulación social de la Iglesia actúa de manera análoga a la presencia de Cristo. Según esto se puede decir que *«la eclesiología se resuelve en la Cristología y por eso el “lugar” de la Iglesia en el acto de creer será “análogo” al de Cristo»*.¹⁰⁸ Esta relación con Cristo y el Espíritu otorgan a la Iglesia valor sacramental:

Porque Cristo, levantado sobre la tierra, atrajo hacia sí a todos (cf. Jn 12, 32 gr.); habiendo resucitado de entre los muertos (Rm 6, 9), envió sobre los discípulos a su Espíritu vivificador, y por Él hizo a su Cuerpo, que es la Iglesia, sacramento universal de salvación; estando sentado a la derecha del Padre, actúa sin cesar en el mundo para conducir a los hombres a la Iglesia y, por medio de ella, unirlos a sí más estrechamente y para hacerlos partícipes de su vida gloriosa alimentándolos con su cuerpo y sangre. Así que la restauración prometida que esperamos, ya comenzó en Cristo, es impulsada con la misión del Espíritu

¹⁰⁷LG 8

¹⁰⁸PIÉ-NINOT, *La Teología Fundamental*, 566.

Santo y por Él continúa en la Iglesia, en la cual por la fe somos instruidos también acerca del sentido de nuestra vida temporal, mientras que con la esperanza de los bienes futuros llevamos a cabo la obra que el Padre nos encomendó en el mundo y labramos nuestra salvación (cf. Flp 2, 12).¹⁰⁹

Esta Iglesia que es sacramento es mediación de acción salvadora de Dios; comunica los dones de la gracia y manifiesta el misterio de Dios:

Todo el bien que el Pueblo de Dios puede dar a la familia humana al tiempo de su peregrinación en la tierra, deriva del hecho de que la Iglesia es "sacramento universal de salvación", que manifiesta y al mismo tiempo realiza el misterio del amor de Dios al hombre.¹¹⁰

La Iglesia en el mundo es así uno de los signos contenidos en la Revelación que ayudan a la razón que busca la comprensión del misterio. El signo sacramental que es la Iglesia permite atestiguar desde la fe el misterio de Dios que en ella se expresa del mismo modo que ocurre con la Eucaristía o la presencia de Cristo encarnado:

Podemos fijarnos, en cierto modo, en el horizonte sacramental de la Revelación y, en particular, en el signo eucarístico donde la unidad inseparable entre la realidad y su significado permite captar la profundidad del misterio. Cristo en la Eucaristía está verdaderamente presente y vivo, y actúa con su Espíritu, pero como acertadamente decía Santo Tomás, «lo que no comprendes y no ves, lo atestigua una fe

¹⁰⁹LG 48

¹¹⁰GS 45

viva, fuera de todo el orden de la naturaleza. Lo que aparece es un signo: esconde en el misterio realidades sublimes». A este respecto escribe el filósofo Pascal: «Como Jesucristo permaneció desconocido entre los hombres, del mismo modo su verdad permanece, entre las opiniones comunes, sin diferencia exterior. Así queda la Eucaristía entre el pan común».¹¹¹

El misterio sublime que aparece en un signo puede ser atestiguado por la fe viva. El asentimiento al signo sacramental por la fe supone el reconocimiento de que viene de Dios y por tanto es creer a quien es garante de su propia verdad. Este asentimiento implica a la persona por completo:

Desde la fe el hombre da su asentimiento a ese testimonio divino. Ello quiere decir que reconoce plena e integralmente la verdad de lo revelado, porque Dios mismo es su garante. Esta verdad, ofrecida al hombre y que él no puede exigir, se inserta en el horizonte de la comunicación interpersonal e impulsa a la razón a abrirse a la misma y a acoger su sentido profundo. Por esto el acto con el que uno confía en Dios siempre ha sido considerado por la Iglesia como un momento de elección fundamental, en la cual está implicada toda la persona. Inteligencia y voluntad desarrollan al máximo su naturaleza espiritual para permitir que el sujeto cumpla un acto en el cual la libertad personal se vive de modo pleno.¹¹²

La acogida del misterio divino comunicado en el signo sacramental es así un acto de libertad plena que no sólo permite reconocer el misterio de Dios, sino

¹¹¹FR 13

¹¹²FR 13

que nos desvela nuestra vocación de comunión con Él, que es nuestro sentido más auténtico:

El conocimiento de fe, en definitiva, no anula el misterio; sólo lo hace más evidente y lo manifiesta como hecho esencial para la vida del hombre: Cristo, el Señor, «en la misma revelación del misterio del Padre y de su amor, manifiesta plenamente el hombre al propio hombre y le descubre la grandeza de su vocación», que es participar en el misterio de la vida trinitaria de Dios.¹¹³

La Iglesia es signo sacramental unido inseparablemente al misterio divino que comunica, de modo análogo a la unión del Verbo divino y la naturaleza asumida por Él. El conocimiento de la fe abre la razón humana a la verdad revelada como comunicación interpersonal de Dios realizada por medio de este signo sacramental que es la Iglesia. Este acto de confianza es movimiento de la libertad como asentimiento y elección de Dios que se revela y acogida de su llamada a participar de la comunión trinitaria. Aquí sacramento y testimonio son categorías que interactúan para describir el acceso al misterio divino que se comunica a través de signos. Esta Iglesia que es signo sacramental es signo creíble por el testimonio de la vida comprometida con el misterio de amor que significa:

La misión primera y fundamental que recibimos de los santos Misterios que celebramos es la de dar testimonio con nuestra vida. El asombro por el don que Dios nos ha hecho en Cristo infunde en nuestra vida un dinamismo nuevo, comprometiéndonos a ser testigos de su amor.

¹¹³FR 13

Nos convertimos en testigos cuando, por nuestras acciones, palabras y modo de ser, aparece Otro y se comunica. Se puede decir que el testimonio es el medio con el que la verdad del amor de Dios llega al hombre en la historia, invitándolo a acoger libremente esta novedad radical. En el testimonio Dios, por así decir, se expone al riesgo de la libertad del hombre. Jesús mismo es el testigo fiel y veraz (cf. Ap 1,5; 3,14); vino para dar testimonio de la verdad (cf. Jn 18,37). Con estas reflexiones deseo recordar un concepto muy querido por los primeros cristianos, pero que también nos afecta a nosotros, cristianos de hoy: el testimonio hasta el don de sí mismos, hasta el martirio, ha sido considerado siempre en la historia de la Iglesia como la cumbre del nuevo culto espiritual: «Ofreced vuestros cuerpos» (Rm 12,1). Se puede recordar, por ejemplo, el relato del martirio de san Policarpo de Esmirna, discípulo de san Juan: todo el acontecimiento dramático es descrito como una liturgia, más aún como si el mártir mismo se convirtiera en Eucaristía. Pensemos también en la conciencia eucarística que san Ignacio de Antioquía expresa ante su martirio: él se considera «trigo de Dios» y desea llegar a ser en el martirio «pan puro de Cristo». El cristiano que ofrece su vida en el martirio entra en plena comunión con la Pascua de Jesucristo y así se convierte con Él en Eucaristía. Tampoco faltan hoy en la Iglesia mártires en los que se manifiesta de modo supremo el amor de Dios. Sin embargo, aun cuando no se requiera la prueba del martirio, sabemos que el culto agradable a Dios implica también interiormente esta disponibilidad, y se manifiesta en el testimonio alegre y convencido ante el mundo de una vida cristiana

coherente allí donde el Señor nos llama a anunciarlo.¹¹⁴

El testimonio hasta el don de nosotros mismos se convierte en signo sacramental, el cristiano que ofrece su vida por completo como testigo entra en comunión con la Pascua y se convierte con Cristo en Eucaristía. La vida entregada, este signo sacramental, es el medio adecuado para comunicar la comunión con Dios:

En efecto, la fe necesita un ámbito en el que se pueda testimoniar y comunicar, un ámbito adecuado y proporcionado a lo que se comunica. Para transmitir un contenido meramente doctrinal, una idea, quizás sería suficiente un libro, o la reproducción de un mensaje oral. Pero lo que se comunica en la Iglesia, lo que se transmite en su Tradición viva, es la luz nueva que nace del encuentro con el Dios vivo, una luz que toca la persona en su centro, en el corazón, implicando su mente, su voluntad y su afectividad, abriéndola a relaciones vivas en la comunión con Dios y con los otros. Para transmitir esta riqueza hay un medio particular, que pone en juego a toda la persona, cuerpo, espíritu, interioridad y relaciones. Este medio son los sacramentos, celebrados en la liturgia de la Iglesia. En ellos se comunica una memoria encarnada, ligada a los tiempos y lugares de la vida, asociada a todos los sentidos; implican a la persona, como miembro de un sujeto vivo, de un tejido de relaciones comunitarias. Por eso, si bien, por una parte, los sacramentos son sacramentos de la fe, también se debe decir que la fe tiene una estructura sacramental. El despertar de la fe pasa por

¹¹⁴SCa 85

el despertar de un nuevo sentido sacramental de la vida del hombre y de la existencia cristiana, en el que lo visible y material está abierto al misterio de lo eterno.¹¹⁵

Al celebrar los sacramentos con fe viva, la comunidad eclesial se deja implicar por completo por la luz del Dios vivo que se comunica y el memorial que se encarna. Despertar a la fe en los sacramentos es también despertar al sentido sacramental que tiene la propia vida cristiana. Así como en los sacramentos los signos visibles comunican la luz de Dios, también la propia existencia del cristiano puede arrojar esa luz.

Este valor sacramental de la vida del cristiano y de la comunidad eclesial hace de su propia existencia un testimonio kerygmático:

La Buena Nueva debe ser proclamada en primer lugar, mediante el testimonio. Supongamos un cristiano o un grupo de cristianos que, dentro de la comunidad humana donde viven, manifiestan su capacidad de comprensión y de aceptación, su comunión de vida y de destino con los demás, su solidaridad en los esfuerzos de todos en cuanto existe de noble y bueno. Supongamos además que irradian de manera sencilla y espontánea su fe en los valores que van más allá de los valores corrientes, y su esperanza en algo que no se ve ni osarían soñar. A través de este testimonio sin palabras, estos cristianos hacen plantearse, a quienes contemplan su vida, interrogantes irresistibles: ¿Por qué son así? ¿Por qué viven de esa manera? ¿Qué es o quién es el que los inspira? ¿Por qué están con nosotros? Pues bien, este testimo-

¹¹⁵LF 40

nio constituye ya de por sí una proclamación silenciosa, pero también muy clara y eficaz, de la Buena Nueva. Hay en ello un gesto inicial de evangelización. Son posiblemente las primeras preguntas que se plantearán muchos no cristianos, bien se trate de personas a las que Cristo no había sido nunca anunciado, de bautizados no practicantes, de gentes que viven en una sociedad cristiana pero según principios no cristianos, bien se trate de gentes que buscan, no sin sufrimiento, algo o a Alguien que ellos adivinan pero sin poder darle un nombre. Surgirán otros interrogantes, más profundos y más comprometedores, provocados por este testimonio que comporta presencia, participación, solidaridad y que es un elemento esencial, en general al primero absolutamente en la evangelización.¹¹⁶

La acción testimonial de Dios que se manifiesta en Cristo y en los sacramentos instituidos por Él está analogamente presente en la vida comprometida del cristiano. El testimonio humano es respuesta de fe de aquellos que han reconocido a Dios en los signos que le encarnan y que corresponden con palabras y obras que quieren significar la vida nueva que viene del Señor. En esta correspondencia se unen las raíces de la misión de proclamar la Buena Nueva.

El testimonio es así acción propia de todo bautizado que ha quedado unido a Cristo y a la Iglesia.¹¹⁷ Toda la Iglesia tiene la misión de dar testimonio; los obispos ofrecen al mundo el rostro de la Iglesia con su trato y trabajo

¹¹⁶EN 21

¹¹⁷Cf. PRADES, *Dar Testimonio*, 188.

pastoral¹¹⁸, los presbíteros, creciendo en el amor por el desempeño de su oficio, han de ser un vivo testimonio de Dios¹¹⁹, los fieles han de dar testimonio de verdad como testigos de la resurrección¹²⁰, los religiosos deben ofrecer un testimonio sostenido por la integridad de la fe, por la caridad y el amor a la cruz y la esperanza de la gloria futura¹²¹, los profesores han de dar testimonio tanto con su vida como con su doctrina¹²², los misioneros han de ofrecer testimonio con una vida enteramente evangélica, con paciencia, longanimidad, suavidad, caridad sincera, y si es necesario hasta con la propia sangre.¹²³

El signo que es la vida de los cristianos y, por tanto la Iglesia, esta llamado a purificarse y crecer. La contradicción entre la fe y la vida de los cristianos puede constituir un motivo de tropiezo, en lugar de dar a conocer la luz de Dios. El testimonio de la vida entregada, aún cuando ha sido estimado según su valor sacramental, es un signo imperfecto que debe ser madurado con una actitud vigilante:

Aunque la Iglesia, por la virtud del Espíritu Santo, se ha mantenido como esposa fiel de su Señor y nunca ha cesado de ser signo de salvación en el mundo, sabe, sin embargo, muy bien que no siempre, a lo largo de su prolongada historia, fueron todos sus miembros, clérigos o laicos, fieles al espíritu de Dios. Sabe también la Iglesia que aún hoy día es mucha la distancia que se da entre el mensaje que ella anuncia y la fragilidad humana de los mensajeros a quienes está

¹¹⁸GS 43

¹¹⁹LG 41

¹²⁰LG 28 y LG 38

¹²¹PC 25

¹²²GE 8

¹²³AG 24

confiado el Evangelio. Dejando a un lado el juicio de la historia sobre estas deficiencias, debemos, sin embargo, tener conciencia de ellas y combatirlas con máxima energía para que no dañen a la difusión del Evangelio. De igual manera comprende la Iglesia cuánto le queda aún por madurar, por su experiencia de siglos, en la relación que debe mantener con el mundo. Dirigida por el Espíritu Santo, la Iglesia, como madre, no cesa de “exhortar a sus hijos a la purificación y a la renovación para que brille con mayor claridad la señal de Cristo en el rostro de la Iglesia”¹²⁴

La vida de la Iglesia está marcada por esa llamada a este enriquecimiento constante. Como afirma DV 8: *«la Iglesia, en el decurso de los siglos, tiende constantemente a la plenitud de la verdad divina, hasta que en ella se cumplan las palabras de Dios.»*

La categoría del testimonio ha servido para acercarnos a algunos textos magisteriales y describir la vida de la Iglesia como signo sacramental. A modo de conclusión son luminosas las palabras de K. Wojtyła:

El significado del testimonio en la doctrina del Vaticano II es explícitamente analógico, puesto que el Concilio habla del testimonio de Dios y del hombre, que, de diversa manera, corresponde al divino, y a una respuesta multiforme a la revelación. En todo caso, sin embargo, la respuesta es testimonio y el testimonio, respuesta.¹²⁵

Este recorrido a través de algunos modos de emplear la categoría del

¹²⁴GS 34

¹²⁵Para una discusión más amplia de la lectura de Wojtyła véase PRADES, *Dar Testimonio*, 194–197

testimonio en la Escritura y la doctrina magisterial ha servido para describir los dinámismos de la Revelación como acción libre y amorosa del Padre encarnada en la naturaleza humana asumida por el Verbo y sostenida por la acción interior del Espíritu. Esta acción de la libertad divina ha encontrado la correspondencia de la libertad humana que acoge la invitación al amor y se compromete por completo a la comunión con Dios. Este intercambio testimonial comunica el amor divino.

1.4 La Categoría del Testimonio como problema

Hasta aquí se ha empleado la categoría del testimonio sin problematizarla. Es decir, hemos tratado el testimonio como «cosa familiar y conocida» empleada ordinariamente en nuestras conversaciones. Es aquí donde nos permitimos tratar al testimonio como algo que hay que esclarecer, algo sobre lo que se plantean preguntas, de modo que hay que traer a la mente una explicación adecuada. En palabras de Latourelle:

Si la revelación misma se apoya en la experiencia humana del testimonio para expresar una de las relaciones fundamentales que unen al hombre con Dios, la reflexión teológica se encuentra entonces autorizada a explorar los datos de esta experiencia.¹²⁶

Hasta el momento sólo nos hemos planteado una pregunta, que ahora podemos ampliar: ¿qué es conocer una verdad para la vida por el testimonio de la revelación divina? ¿Qué otros cuestionamientos se pueden formular relacionados con este fenómeno? Es posible agrupar algunos desafíos y aporta-

¹²⁶LATOURELLE, "Testimonio", 1523.

ciones de la filosofía moderna y contemporánea en varias preguntas principales. Éstas serán útiles a la hora de indagar en el pensamiento de Elizabeth Anscombe.

tres objeciones (Prades 294) no se puede tener conocimiento directo de milagros o profecías

en la vida social cabe aceptar un conocimiento por testimonio a condición de que su grado de certeza se limite a la probabilidad

no se puede aceptar una comunicación divina que no sea inmediatamente dirigida al individuo

1.4.1Cuál es el valor epistemológico del testimonio?

Epistemology, characterized broadly, is an account of knowledge. Within the discipline of philosophy, epistemology is the study of the nature of knowledge and justification: in particular, the study of (a) the defining components, (b) the substantive conditions or sources, and (c) the limits of knowledge and justification. Categories (a)–(c) have prompted traditional philosophical controversy over the analysis of knowledge and justification, the sources of knowledge and justification (in the case, for instance of rationalism vs empiricism), and the status of skepticism about knowledge and justification.

Epistemologists have distinguished some species of knowledge, including: propositional knowledge (that something is so), nonpropositional knowledge of something (for instance, knowledge by acquaintance, or by direct awareness), empirical (a posteriori) propositional knowledge, nonempirical (a priori)

propositional knowledge, and knowledge how to do something.

Ever since Plato's *Theaetetus*, epistemologists have tried to identify the essential, defining components of propositional knowledge. These components will yield an analysis of propositional knowledge. An influential traditional view, inspired by Plato and Kant among others, is that propositional knowledge has three individually necessary and jointly sufficient components: justification, truth, and belief. On this view, propositional knowledge is, by definition, justified true belief. This tripartite definition has come to be called "the standard analysis".

Knowledge is not just true belief. Knowledge requires that the satisfaction of its belief condition be "appropriately related" to the satisfaction of its truth condition. This is one broad way of understanding the justification condition of the standard analysis. Controversy arises over the meaning of "justification" as well as over the substantive conditions for a belief's being justified in a way appropriate to knowledge.

Any standard or strategy worthy of the title "epistemic" must have as its fundamental goal the acquisition of truth and the avoidance of error. This follows from the fact that genuine knowledge has truth as an essential condition and excludes error. Of course, contemporary epistemology offers numerous strategies for acquiring truth and avoiding errors, including contextualist, coherentist, foundationalist, internalist, and externalist strategies.

Ideally, we would be able to say convincingly that a particular strategy is more effective at acquiring truth and avoiding error than all the others, and then be done with the problem of final epistemological authority. Whatever

strategy has maximal effectiveness in getting truth and blocking error would then have final epistemological authority for us. Unfortunately for us, the problem resists such quick resolution.

Skeptics can help us appreciate the problem we face. They raise general questions about the reliability of our cognitive sources; that is, they ask about our cognitive sources altogether, as a whole. In doing so, they wonder what convincing reason we have to regard those sources as reliable for acquiring truth and avoiding error.

Our offering any kind of support for the reliability of our cognitive source will depend on our use of such cognitive sources as perception, introspection, belief, memory, testimony, intuition, and common sense. Since all such sources are under question by skeptics, with regard to reliability, our use of them cannot deliver the kind of evidence of reliability sought by skeptics.

Unfortunately, we cannot assume a position independent of our own cognitive sources to deliver a test of their reliability of the sort demanded by skeptics. This is the human cognitive predicament, and no one has shown how we can escape it.

1.4.2 Puede haber un hecho histórico que signifique una realidad absoluta?

1.4.3 Lessing es lo mismo relatos de milagros etc...

Hume: Treatise SECTION IV. Of the component parts of our reasonings concerning cause and effect.

Tho' the mind in its reasonings from causes or effects carries its view beyond those objects, which it sees or remembers, it must never lose sight of them entirely, nor reason merely upon its own ideas, without some mixture of impressions, or at least of ideas of the memory, which are equivalent to impressions.

When we infer effects from causes, we must establish the existence of these causes; which we have only two ways of doing, either by an immediate perception of our memory or senses, or by an inference from other causes; which causes again we must ascertain in the same manner, either by a present impression, or by an inference from their causes, and so on, till we arrive at some object, which we see or remember. 'Tis impossible for us to carry on our inferences in infinitum; and the only thing, that can stop them, is an impression of the memory or senses, beyond which there is no room for doubt or enquiry.

Enquiries

37. But here it may be proper to remark, that though our conclusions from experience carry us beyond our memory and senses, and assure us of matters of fact which happened in the most distant places and most remote ages, yet some fact must always be present to the senses or memory, from which we may first proceed in drawing these conclusions. A man, who should find in a desert country the remains of pompous buildings, would conclude that the country had, in ancient times, been cultivated by civilized inhabitants; but did nothing of this nature occur to him, he could never form such an inference. We learn the events of former ages from history; but then we must peruse the volumes in which this instruction is contained, and thence carry up our

inferences from one testimony to another, till we arrive at the eyewitnesses and spectators of these distant events. In a word, if we proceed not upon some fact, present to the memory or senses, our reasonings would be merely hypothetical; and however the particular links might be connected with each other, the whole chain of inferences would have nothing to support it, nor could we ever, by its means, arrive at the knowledge of any real existence. If I ask why you believe any particular matter of fact, which you relate, you must tell me some reason; and this reason will be some other fact, connected with it. But as you cannot proceed after this manner, in infinitum, you must at last terminate in some fact, which is present to your memory or senses; or must allow that your belief is entirely without foundation.

38. What, then, is the conclusion of the whole matter? A simple one; though, it must be confessed, pretty remote from the common theories of philosophy. All belief of matter of fact or real existence is derived merely from some object, present to the memory or senses, and a customary conjunction between that and some other object. Or in other words; having found, in many instances, that any two kinds of objects flame and heat, snow and cold- have always been conjoined together; if flame or snow be presented anew to the senses, the mind is carried by custom to expect heat or cold, and to believe that such a quality does exist, and will discover itself upon a nearer approach. This belief is the necessary result of placing the mind in such circumstances. It is an operation of the soul, when we are so situated, as unavoidable as to feel the passion of love, when we receive benefits; or hatred, when we meet with injuries. All these operations are a species of natural instincts, which no reaso-

ning or process of the thought and understanding is able either to produce or to prevent. At this point, it would be very allowable for us to stop our philosophical researches. In most questions we can never make a single step further; and in all questions we must terminate here at last, after our most restless and curious enquiries. But still our curiosity will be pardonable, perhaps commendable, if it carry us on to still farther researches, and make us examine more accurately the nature of this belief, and of the customary conjunction, whence it is derived. By this means we may meet with some explications and analogies that will give satisfaction; at least to such as love the abstract sciences, and can be entertained with speculations, which, however accurate, may still retain a degree of doubt and uncertainty. As to readers of a different taste; the remaining part of this section is not calculated for them, and the following enquiries may well be understood, though it be neglected.

86. There is, in Dr. Tillotson's writings, an argument against the real presence, which is as concise, and elegant, and strong as any argument can possibly be supposed against a doctrine, so little worthy of a serious 76/David Hume refutation. It is acknowledged on all hands, says that learned prelate, that the authority, either of the scripture or of tradition, is founded merely in the testimony of the apostles, who were eye-witnesses to those miracles of our Saviour, by which he proved his divine mission. Our evidence, then, for the truth of the Christian religion is less than the evidence for the truth of our senses; because, even in the first authors of our religion, it was no greater; and it is evident it must diminish in passing from them to their disciples; nor can any one rest such confidence in their testimony, as in the immediate object of his

senses. But a weaker evidence can never destroy a stronger; and therefore, were the doctrine of the real presence ever so clearly revealed in scripture, it were directly contrary to the rules of just reasoning to give our assent to it. It contradicts sense, though both the scripture and tradition, on which it is supposed to be built, carry not such evidence with them as sense; when they are considered merely as external evidences, and are not brought home to every one's breast, by the immediate operation of the Holy Spirit. Nothing is so convenient as a decisive argument of this kind, which must at least silence the most arrogant bigotry and superstition, and free us from their impertinent solicitations. I flatter myself, that I have discovered an argument of a like nature, which, if just, will, with the wise and learned, be an everlasting check to all kinds of superstitious delusion, and consequently, will be useful as long as the world endures. For so long, I presume, will the accounts of miracles and prodigies be found in all history, sacred and profane.

89. This contrariety of evidence, in the present case, may be derived from several different causes; from the opposition of contrary testimony; from the character or number of the witnesses; from the manner of their delivering their testimony; or from the union of all these circumstances. We entertain a suspicion concerning any matter of fact, when the witnesses contradict each other; when they are but few, or of a doubtful character; when they have an interest in what they affirm; when they deliver their testimony with hesitation, or on the contrary, with too violent asseverations. There are many other particulars of the same kind, which may diminish or destroy the force of any argument, derived from human testimony. Suppose, for instance, that the fact, which the

testimony endeavours to establish, partakes of the extraordinary and the marvellous; in that case, the evidence, resulting from the testimony, admits of a diminution, greater or less, in proportion as the fact is more or less unusual. The reason why we place any credit in witnesses and historians, is not derived from any connexion, which we perceive a priori, between testimony and reality, but because we are accustomed to find a conformity between them. But when the fact attested is such a one as has seldom fallen under our observation, here is a contest of two opposite experiences; of which the one destroys the other, as far as its force goes, and the superior can only operate on the mind by the force, which remains. Enquiry Concerning Human Understanding/79 The very same principle of experience, which gives us a certain degree of assurance in the testimony of witnesses, gives us also, in this case, another degree of assurance against the fact, which they endeavour to establish; from which contradiction there necessarily arises a counterpoize, and mutual destruction of belief and authority. I should not believe such a story were it told me by Cato, was a proverbial saying in Rome, even during the lifetime of that philosophical patriot.²⁰ The incredibility of a fact, it was allowed, might invalidate so great an authority. The Indian prince, who refused to believe the first relations concerning the effects of frost, reasoned justly; and it naturally required very strong testimony to engage his assent to facts, that arose from a state of nature, with which he was unacquainted, and which bore so little analogy to those events, of which he had had constant and uniform experience. Though they were not contrary to his experience, they were not conformable to it.²¹

BIBLIOGRAFÍA

- BENEDICTO XVI, *Angelus*, 27 de ene. de 2008, URL: http://w2.vatican.va/content/benedict-xvi/es/angelus/2008/documents/hf_ben-xvi_ang_20080127.html (visitado 19-03-2019).
- FRANCISCO, *Angelus*, 26 de ene. de 2014, URL: http://w2.vatican.va/content/francesco/es/angelus/2014/documents/papa-francesco_angelus_20140126.html (visitado 19-03-2019).
- R. LATOURELLE, "Testimonio", en: R. LATOURELLE – R. FISICHELLA y S. P. I. NINOT (eds.), *Diccionario de Teología Fundamental*, 2, (2000), 1523-1542.
- S. PIÉ-NINOT, *La Teología Fundamental. Dar Razón de la Esperanza*, (Salamanca 2009).
- J. M. PRADES, *Dar Testimonio. La Presencia de los Cristianos en la Sociedad Plural*, (Madrid 2015).